

FUNERAL DEL P. GARCÍA M. COLOMBÀS
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
2 de julio de 2009
2Mac 12, 43-46; Sal 24; Rm 5, 17-21; Lc 12, 35-40

Queridos hermanos y hermanas: *“Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas”*. Con estas palabras el Señor nos invita a velar esperando su regreso. No es una invitación a vivir con temor, sino con esperanza confiada y alegre. Se trata de velar para estar *a punto* a cualquier hora y cualquier día de la vida. El Señor puede venir a *la hora menos pensada*. Y, si estamos *a punto*, con las disposiciones necesarias para ir con él, nos hará *sentar a la mesa* del Reino y nos servirá. El Señor será nuestro siervo. Lo ha comenzado a ser en su misterio pascual. Los monjes individualmente y los monasterios a nivel comunitario deberíamos ser una parábola para nuestros hermanos en la fe y para todos nuestros contemporáneos de esta actitud de vela activa y esperanzada.

El Señor nos llamará para servirnos en la vida eterna no tanto como fruto de nuestra valía, operarios principiantes y negligentes como somos (cf. RB 73, 1.7), sino como *don generoso*. Tal como decía san Pablo, en la segunda lectura, a pesar de la fragilidad, la impericia y el pecado de los hijos de Adán, *el don generoso de Jesucristo* nos otorga *la sobreabundancia de gracia*. Por él nos es concedido el perdón y podemos obtener la *vida*. Por tanto, aunque la actitud de vela a la que nos invitaba Jesucristo en el evangelio tenga en nuestras vidas momentos de baja intensidad, la *sobreabundancia de gracia* que nos viene de la muerte y la resurrección del Señor nos permite confiar, volver empezar si es necesario cada día y vivir con esperanza a pesar de la experiencia de la propia fragilidad. La intuición del misterio de la resurrección que manifiesta el segundo libro de los Macabeos, en el fragmento que hemos leído, y de *la magnífica recompensa que está reservada a los que mueren piadosamente*, se hace plenamente patente en la resurrección de Jesucristo. También de esta vivencia de la gracia que se hace presente en la debilidad humana, los monjes con nuestra vida deberíamos de ser una parábola alentadora.

Es la fe en el retorno del Señor lo que lleva a San Benito a exhortarnos a vivir una esperanza activa "llena de anhelo espiritual" (cf. RB 4, 46). Y, por ello, invita a los monjes a tener la muerte presente ante los ojos todos los días (cf. RB 4, 47), sin miedo, con la serenidad y la admiración de quien se sabe pecador perdonado. Por eso, a pesar de su debilidad, el monje confía a lo largo de su vida en el monasterio que se hagan realidad las palabras que pronuncia el momento de su donación definitiva a Dios: "Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré, y no permitas que vea frustrad mi esperanza "(RB 58, 21). Es una oración que toma todo su relieve al ser repetida en el momento de la muerte sostenida con la voz y de la súplica de los hermanos de comunidad. Anteayer por la noche la cantamos cuando nuestro P. García había empezado a entrar en agonía. Y ahora, ofrecemos la Eucaristía del Señor, para que sea recibido según la promesa de la palabra divina y no se vea decepcionado en su esperanza radical, que ha vivido a lo largo de su existencia de ochenta y ocho años.

Efectivamente, Benito Colombàs Lluill había nacido en Palma de Mallorca en 1920. De pequeño ingresó en los "Blauets", la Escolanía del Santuario de Santa María de Lluc. De allí pasó al Seminario de Mallorca. Decidió ingresar en Montserrat en 1943. Aquí, al empezar el noviciado, le fue impuesto el nombre del gran abad reformador de nuestro monasterio en el paso del siglo XV al s. XVI, García de Cisneros. Hecha la profesión solemne, acabados los estudios teológicos y recibida la ordenación presbiteral, fue a Lovaina a estudiar Ciencias históricas obteniendo el doctorado con una tesis fundamental sobre su patrón monástico. En el año 1963, pasó al monasterio de Santa

Maria de El Paular, en Madrid. Su campo de especialización fue siempre el de la historia del monaquismo, lo que le llevó a fundar dos revistas especializadas: "Studia Monástica", en Montserrat, y "Yermo", en el Paular. También fue el fundador de la "Sociedad de Estudios monásticos".

Era un buscador del estilo monástico más puro, quizás con una cierta dosis de idealismo frente a las siempre limitadas concreciones humanas de los monjes y condicionado también en parte por su temperamento muy sensible. No sólo estudiaba teóricamente la vida monástica, sino que intentaba llevarla a la práctica, buscando siempre el núcleo esencial liberado del lastre que la historia había ido añadiendo. En este sentido, recibió con entusiasmo las corrientes renovadoras del monaquismo que siguieron al Concilio Vaticano II y, en 1967, fundó un monasterio "de vida simple" en Binicarella en su Mallorca natal, que tras unos años de vida no tuvo continuidad. Fue en esta fundación donde retomó su nombre de pila: Benito. Creía firmemente que "la vida monástica, como toda vida auténtica, ni retrocede, ni se detiene en el ayer. Sigue avanzando siempre"(cf. *La Tradición Benedictina: Ensayo histórico*, I, p.23). Y afirmaba que eran los jóvenes y sus formadores los que tenían la responsabilidad de hacer progresar el monaquismo hacia realizaciones mejores (cf. *ibidem*). El año 1977 dejó Binicarella y pasó a residir en el monasterio cisterciense de Sobrado de los Monjes, en Galicia. Además, pasaba temporadas en las benedictinas de Zamora (que era como su casa de Betania), y en algunos otros monasterios de monjas de los que escribió la historia. En esta época, continuó desplegando sus dotes de escritor, sobre todo en lengua castellana, con un estilo cuidado y ameno y también crítico. Son numerosísimos sus escritos de investigación y de divulgación de las fuentes del monaquismo; algunos de los cuales son obras de referencia.

A pesar de la distancia respecto a nosotros en el tiempo, en la concepción del mundo y en muchas de las prácticas, estaba convencido de que los grandes hombres y mujeres del monaquismo antiguo enseñaban a buscar a Dios de una manera absoluta. Una investigación que se concretaba en el seguimiento "de Cristo en la pobreza y en la humildad, y en la teoría y en la práctica de la oración secreta". Decía que en nuestro tiempo "de optimismo cósmico suscitado por el increíble progreso de las técnicas, nos comunican los viejos monjes el vivo sentimiento de un hecho con frecuencia olvidado: la existencia del mal en el corazón mismo del mundo y la necesidad de luchar contra él con oraciones y ayunos "(cf. *El monacato primitivo*, ed. 2004, p. 4), es decir, con la donación a Dios y con la sobriedad de vida.

En 1997 retornó definitivamente a Montserrat, y retomó el nombre de García. Continuó con su trabajo de investigación hasta que la salud, que le iba disminuyendo, se lo impidió. Entonces procuraba dedicar más tiempo a la reflexión y a la oración. Fiel a su deseo de una vida monástica floreciente, seguía las informaciones sobre los monasterios de todas partes y le dolía saber que tenían dificultades; pero me decía hace un cierto tiempo: "cuando me preocupo, pienso: ' Cristo ha resucitado ', y recobro la paz".

"Cristo ha resucitado, y recobro la paz". Con estas palabras ha afrontado también la muerte. Por eso ahora pedimos que el Señor le acoja en su Reino. El Señor que se ha hecho nuestro servidor, por ser nuestro perdón, y poder sentarnos a la *mesa* de la gloria, de la que es anticipación esta *mesa* eucarística.